

tró al macho descolorido, nadando como un loco furioso á lo largo de los cristales, y á los pocos días murió.

También recogió Evers gasterosteos libres con sus nidos, y los trasladó á su acuario, pero ninguno quiso seguir desempeñando sus funciones de incubador, lo que prueba que no reconocieron el nido como suyo; todos murieron víctimas de su pesadumbre y furor indomable; pero los individuos que habían construido nidos y criado en el vivero se encargaron de las huevas de aquellos como si fuesen suyas. Uno de los machos que se había encolerizado cuando se cambió el agua falta de oxígeno del vivero, reconoció su nido no bien se hubo renovado el agua, se coloró otra vez de púrpura y se dedicó á la incubación con el mismo celo que si nada hubiese sucedido, y lo que es más, se acostumbró en el espacio de quince días tan perfectamente á las mareas artificiales producidas por la renovación del agua, que no se decoloraba ya en los intervalos, y si bien demostraba alguna inquietud, no era ni con mucho aquel furor ciego y loco de antes. Una mañana se le encontró inmóvil encima de un hoyuelo que ocupaba el mismo sitio en que el día antes estaba todavía el nido cuyos materiales yacían dispersos al rededor. Estaba atibando una pequeña nubecilla en el agua, que resultó ser un ejército de pececillos apenas visibles. Como padre fiel estuvo nadando el animalillo días enteros al rededor de la diminuta bandada, tan insensible al hambre, al cansancio y demás necesidades como lo había estado durante la incubación, y rechazando á todo intruso por diminuto que fuese. Cuando los pequeñuelos tuvieron ya á los ocho días una longitud de cuatro á cinco milímetros, y se iban apartando del centro, á medida que crecían, los seguía el viejo inquieto, los cogía con la boca, se los tragaba, y volviendo al sitio de cria, los volvía á arrojar ilesos dentro del hoyuelo; cuatro semanas más tarde tenían ya la forma y aspecto de los adultos; enderezaban ya sus espinitas apenas visibles, y se mostraban, por su destreza y rapidez de movimientos, dignos hijos de sus padres. Otro macho abandonó las huevas después de haber cuidado solícitamente de su incubación durante quince días y con menos celo la tercera semana, porque se convenció de que se habían echado á perder.

Los gasterosteos ponen, en comparación con otros peces, pocos huevos, de sesenta á ochenta; y no solo tienen que hacer frente á especies enemigas de mayor tamaño que ellos, sino también á otras más pequeñas, pero no menos temibles, como son las ténias; por otra parte su vida apenas dura tres años, según dice Bloch; mas á pesar de esto aumentan á veces de una manera casi increíble, sobre todo en calas de ríos, estanques, lagunas y fosos de fortalezas. En los estanques perjudican notablemente las crías de peces útiles, y una vez establecidos en ellos es difícil exterminarlos. En tiempo de Gessner creía la gente «que estos pececillos nacían espontáneamente y que trascurridos algunos años se transformaban en otros peces sin haber tenido contacto alguno con ellos.» Lo cierto es que con su reproducción pasa lo mismo que con la de los ratones; las primeras crías se hacen sin que nadie las incomode; la prole crece y se reproduce á su vez, y hé aquí cómo hormigean súbitamente los gasterosteos allí donde antes no se veían. Hay años que se los pesca en Holstein, Slesvig, Suecia é Inglaterra en tan grandes cantidades que la gente alimenta con ellos los cerdos, las gallinas, los patos, ó los aprovecha para extraer su aceite ó bien como abono. Pennant dice que un hombre del condado de Lincoln ganó durante largo tiempo cuatro chelines diarios con la pesca de gasterosteos, si bien los agricultores no le pagaban más que una peseta por cincuenta fanegas. En Holanda encienden fogatas en las playas para atraer á estos peces y cogélos en masa, ya para aprovechar el aceite que

dan, ya para abonar las tierras. La carne se considera en todas partes como impropia para el alimento del hombre, por cuya razón se vende el kilogramo por lo regular á diez cuartos, y á lo sumo á tres reales. En Dantzic contaron á Siebold para pintarle la miseria que allí se había pasado en el último sitio, que los habitantes pobres habían de valerse de los gasterosteos que pescaban en los fosos para aplacar el hambre que padecían por la escasez de viveres. Otros autores sostienen que á pesar de despreciarlos tanto, su carne no es mal manjar, antes bien es sabrosa con tal de guisarla bien.

LOS ESCÓMBRIDOS— SCOMBRIDÆ

CARACTERES.—Hase reunido un número oastante considerable de peces de formas muy proporcionadas en una familia, dándole el apelativo de escómbridos, sacado del nombre científico *scomber* del género conocidísimo de las *caballas*. Su cuerpo es fusiforme, comprimido lateralmente, muy adelgazado hácia la cola y cubierto de escamas tan pequeñas que á primera vista parece liso. Pueden citarse como otros distintivos, los opérculos que son lisos, es decir no aserrados y sin espinas; la abertura branquial casi enteramente cerrada; los radios duros de la aleta dorsal menos desarrollados que los blandos y que los de la aleta anal, y á veces aislados; y las aletas abdominales, insertas en el pecho, muchas veces solo rudimentarias ó faltando completamente.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Los escómbridos habitan todos los grandes mares sin distinción de zonas ni de costas. Casi todas las especies, cuyo número pasa de ciento, viven en sociedad, algunas en bandadas innumerables, muchas en grandes profundidades y otras en las capas superiores.

Todos nadan bien, y todos sin excepción son rapaces, si bien su voracidad y rapacidad no están siempre en proporción de su talla, pues justamente las especies mayores de la familia suelen contentarse con las presas más pequeñas; en cambio hay algunas que son para los peces de que se alimentan como los lobos para las ovejas. El doraque (*Gybium Commersonii*) que es uno de ellos, y tiene un metro de largo, acecha las bandadas de peces, según cuentan los pescadores árabes del mar Rojo donde vive, y cuando las tiene á la distancia que quiere, se precipita sobre ellas con la velocidad del rayo, ya desde las capas superiores, ó bien subiendo desde el fondo como una flecha; distribuye mordiscos á derecha é izquierda, dejando los peces partidos con sus afilados dientes, pero sin engullirlos, y cuando los demás se desbandan y huyen, los persigue á algunos metros del punto donde hace la matanza, volviendo después para recoger y devorar los pedazos de las víctimas.

Los escómbridos se multiplican rápidamente, lo que aumenta la importancia que tienen para los pescadores; algunas especies son en determinadas costas los peces más importantes; otras tienen una importancia secundaria, como sucede en el norte, donde los consideran inmediatamente después de los arenques, pudiendo decirse que ninguna especie es despreciada por las poblaciones marítimas.

LAS CABALLAS—SCOMBER

CARACTERES.—Este género sirve de tipo á la familia y se distingue por su forma oblonga, sus dos aletas dorsales muy separadas entre sí, la segunda descompuesta en varias aletas falsas ó *falsas pinulas*, quillas débiles á los lados de la cola; los opérculos carecen de espinas, los dientes mandibu-

lares forman una hilera simple y son cónicos; los radios branquiales son en número de siete, y las escamas pequeñas.

LA CABALLA—SCOMBER SCOMBRUS

CARACTERES.—Este pez (fig. 158), tan hermoso por su forma como por su coloración, es el representante más notable de su género. Su longitud varía entre 0^m,40 y 0^m,45 y llega á lo más á 0^m,50 y á un peso medio de un kilogramo. La parte superior es azul con viso dorado y listas transversales oscuras, la inferior es blanca y plateada. Diez á doce radios espinosos sostienen la primera aleta dorsal; de doce á trece blandos y unidos la segunda; trece cada torácica; seis cada abdominal; once la anal, veintitres la caudal, y además se cuentan entre estas dos últimas cinco radios falsos y libres.

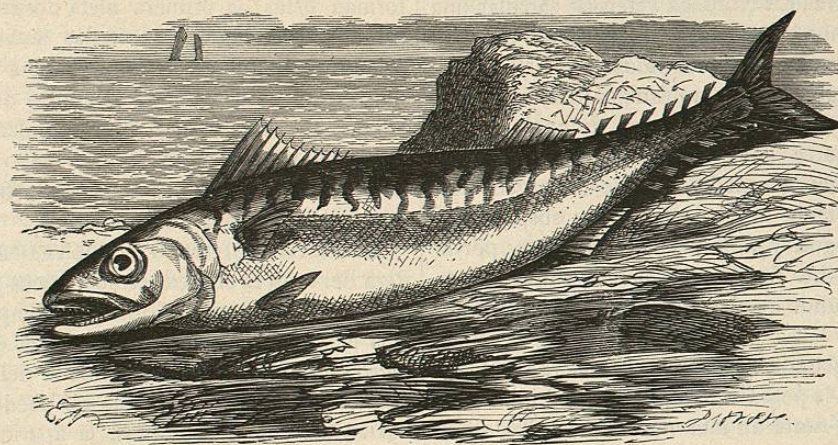


Fig. 158.—LA CABALLA

decía que cuando el mar estaba tranquilo en las pequeñas calas de las costas peñascosas de Groenlandia se veían en la estación fría asomar estos peces á millares, sacando medio cuerpo fuera del agua, tan espesos é inmóviles cual si fuesen innumerables estacas clavadas en el fondo, hasta el punto de que sus marineros no querían al principio entrar con sus botes en dichas calas porque creían que estas caballas eran una especie particular de arrecifes que podían destrozar sus embarcaciones. Excusado es añadir que este aserto del viejo marino no pasa de ser una mera fábula, y en el día ni siquiera se da crédito á los viajes de estos y de otros peces; pues lo cierto es que pescando á considerable profundidad se cogen siempre caballas tanto en el Báltico, como en el mar del Norte y como en el Atlántico y en el Mediterráneo; si bien no puede negarse que á medida que se pasa á levante escasean más y más y que á la isla de Ruegen ya no acuden con regularidad; pero donde se presentan lo hacen casi simultáneamente en las costas septentrionales y meridionales, por manera que todo indica que viven habitualmente á grandes profundidades, de las que únicamente se alejan para desovar junto á las costas, del mismo modo que lo hacen los arenques y otros peces. En la costa oriental de Frisia se cogen caballas desde la primavera hasta el otoño; en la desembocadura del Weser de mayo á julio; en Ruegen y Stralsund de junio á setiembre, y en Travemunda se presentan en bandadas solo en agosto, y algunos años hasta faltan del todo, habiéndose observado por otra parte que acuden á la isla de Ruegen en mayor número cuando el viento sopla del noroeste.

PESCA.—Su aparición en las costas es un grato aconte-

TOMO V

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Suponiase, á juzgar por las relaciones de pescadores y de otros observadores, que la verdadera patria de las caballas era el mar Glacial, desde donde emprendían sus larguísimos viajes anuales hácia los mares meridionales; y partiendo de esta suposición se había ideado hasta la ruta que estos peces habían de seguir. Se creía que al abandonar el mar Glacial pasaban primero por las costas de Islandia, seguían por las de Escocia é Irlanda, desde allí atravesaban el Atlántico hácia el mediodía para volver á presentarse en las costas de España y de Portugal y penetrar en el Mediterráneo. Entre tanto se dirigía otra corriente principal desde el mar Glacial por el del Norte al Báltico, y otra, pasando igualmente por el mar del Norte, debía dirigirse á las costas alemanas, holandesas y francesas. El almirante Pleville, que había pasado cincuenta años en el mar, llegó á asegurar que había descubierto hasta los cuarteles de invierno de las caballas; y

decía que cuando el mar estaba tranquilo en las pequeñas calas de las costas peñascosas de Groenlandia se veían en la estación fría asomar estos peces á millares, sacando medio cuerpo fuera del agua, tan espesos é inmóviles cual si fuesen innumerables estacas clavadas en el fondo, hasta el punto de que sus marineros no querían al principio entrar con sus botes en dichas calas porque creían que estas caballas eran una especie particular de arrecifes que podían destrozar sus embarcaciones. Excusado es añadir que este aserto del viejo marino no pasa de ser una mera fábula, y en el día ni siquiera se da crédito á los viajes de estos y de otros peces; pues lo cierto es que pescando á considerable profundidad se cogen siempre caballas tanto en el Báltico, como en el mar del Norte y como en el Atlántico y en el Mediterráneo; si bien no puede negarse que á medida que se pasa á levante escasean más y más y que á la isla de Ruegen ya no acuden con regularidad; pero donde se presentan lo hacen casi simultáneamente en las costas septentrionales y meridionales, por manera que todo indica que viven habitualmente á grandes profundidades, de las que únicamente se alejan para desovar junto á las costas, del mismo modo que lo hacen los arenques y otros peces. En la costa oriental de Frisia se cogen caballas desde la primavera hasta el otoño; en la desembocadura del Weser de mayo á julio; en Ruegen y Stralsund de junio á setiembre, y en Travemunda se presentan en bandadas solo en agosto, y algunos años hasta faltan del todo, habiéndose observado por otra parte que acuden á la isla de Ruegen en mayor número cuando el viento sopla del noroeste.

PESCA.—Su aparición en las costas es un grato aconte-

que trece guineas (260 pesetas) por el ciento de caballas. En el año 1808 fué tan abundante esta pesca, que podían comprarse en Dover sesenta caballas por un chelín (5 reales). En el mismo año sucedió en Brighton que la red de una lancha se llenó tanto que los tripulantes no pudieron sacarla y hubieron de perder red y peces, pérdida que podía estimarse aquel día, sin contar el valor del pescado, en sesenta libras esterlinas (1200 pesetas). En el año 1821 excedió la pesca de la caballa á la de todos los años anteriores, pues recogieron diez y seis lanchas el día 30 de julio por valor de 5,252 libras esterlinas de caballas (105,040 pesetas). El año 1834 fué también uno de los más abundantes, cogiéndose tantas caballas que durante tres meses se vendieron por las calles de Londres tres piezas por un chelín. Solo de Noruega salen dos mil quinientos pescadores á pescar la caballa y cogen anualmente por término medio de treinta á treinta y cinco mil cabezas, cuyo valor pasa de cinco millones de pesetas, y que embaladas en hielo se expiden casi en su totalidad á Inglaterra. En Noruega valen las caballas una con otra veinte céntimos de peseta, y en las costas del Báltico treinta y dos hasta cincuenta céntimos.

En las costas de Inglaterra se emplean por lo común redes de jorro ó barrederas de unos seis metros de ancho y cuarenta de largo; cada barca lleva de doce á quince, que van añadiéndose sucesivamente á medida que se sumergen; después marchan con el viento llevando las redes suspendidas verticalmente en el agua y abiertas hácia delante; por lo regular se pesca de noche. A veces también se emplea junto á tierra el volantin, atendido que la caballa muerde el cebo con avidez.

En las costas de Inglaterra aparece la caballa ya en marzo y aun en febrero, pero la pesca verdadera no principia hasta mayo ó junio, y más al norte un mes más tarde. El desove se efectúa en las regiones más meridionales en junio. El número de huevos que lleva una hembra es aproximadamente de medio millón. A fines de agosto se ven ya caballas pequeñas de 0^m,10 á 0^m,15; en noviembre son medio adultas y entonces ya se retiran, excepto muy pocas, á las aguas profundas. Parece que su alimento consiste principalmente en las crias de otros peces, atendido que persiguen á las especies más pequeñas de la familia de los arenques, por manera que á algunas de estas se les ha dado el nombre de *guías de las caballas*. La caballa es en extremo voraz, por cuya razón se desarrola rápidamente.

La opinión que prevalece hoy día respecto á la carne de este escómbrido es que se ha de comer cuanto antes, mientras que los romanos la dejaban corromperse mezclada con la sangre y los intestinos para componer después la tan famosa salsa que llamaban «garum». El mejor se llamaba garum español, negro ó noble, y dos medidas ó cuartillas costaban más de ochocientas pesetas, en especial por las especias de la India que se mezclaban con el mismo, de suerte que fuera de las esencias no había otro líquido en el mercado de Roma que alcanzase precio tan subido. Esta salsa se echaba á los guisados de carne, y también la bebían en la comida mezclada con agua ó vino, pero se dice que su olor era sumamente desagradable.

LOS ATUNES — THYNNUS

CARACTERES.—Una especie gigantesca de caballas vive en los mares meridionales y es para muchas costas, especialmente para las del Mediterráneo, de una importancia extraordinaria. Dicha especie es la de los atunes (*Thynnus*), que se distingue de las caballas propiamente dichas por las dos aletas dorsales más aproximadas entre sí, y un número

proporcionalmente considerable de falsas pinulas, por un peto grande formado de escamas mates que acaba hácia la parte posterior en puntas, por una quilla en ambos costados de la cola, y además porque falta la espina libre antes de la cola que se encuentra en las demás caballas ó escómbridos. Los dientes pequeños y puntiagudos de las mandíbulas forman hilera simple.

EL ATUN COMUN—THYNNUS VULGARIS

CARACTERES.—Los antiguos conocían y pescaban la especie más importante de los atunes, el atun común (fig. 159), el mayor de todos los peces que se pescan para utilizar su carne, pues alcanza una longitud de dos á tres metros, y según pretenden algunos hasta de cuatro y más, con un peso de ciento hasta seiscientos kilogramos. El dorso es de color azul negruzco, el peto azul blanquizo; los costados y el vientre tienen sobre fondo gris manchas blancas plateadas que forman listas; la primera aleta dorsal y la anal son de color de carne, las falsas pinulas amarillas color de azufre orladas de negro. En la primera aleta dorsal hay catorce radios duros, en la segunda un radio duro y trece blandos, y además de ocho á diez falsas pinulas; cada aleta torácica tiene treinta y un radios; uno y cinco la abdominal; la anal dos y doce, y como continuación ocho á diez aletas falsas; la caudal tiene diez y nueve radios.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—La patria verdadera del atun es el Mediterráneo, pues parece que no abunda tanto en el Atlántico, donde le reemplazan especies afines. Los pescadores opinan que inmigra cada año en gran número en el Mediterráneo viniendo del Océano por el estrecho de Gibraltar, porque solo así pueden explicarse, como lo hacían también los antiguos, la aparición súbita de los atunes en las costas del Mediterráneo; pero en la actualidad prevalece la creencia de que estos, como tantos otros peces, permanecen largas temporadas en las profundidades ó en medio del mar y que solo se acercan á las costas en la época del desove. Verdad es que cuando aparece el atun sigue cierta ruta fija, determinada según toda probabilidad por los valles ó depresiones submarinas, porque no puede ya admitirse que viaje en el sentido que creían los antiguos, lo que no excluye la posibilidad de que muchos atunes del Atlántico pasen al Mediterráneo y de este al mar Negro; pero siempre queda subsistente el hecho de que se encuentren atunes todo el año en el Mediterráneo con mayor frecuencia que en otros mares, como en las costas meridionales del Atlántico. Cuando se presenta en regiones más septentrionales es por casualidad, como sucede en las costas de Inglaterra, aunque en ellas se le observa con más frecuencia que en el mar del Norte donde ya es muy raro; en 1869 se cogió en la costa de Jasmund uno que tenía tres metros de largo.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—La importancia que el atun tiene y la consiguiente atención que dedican todas las poblaciones del Mediterráneo á su aparición y pesca han sido causa de que se haya observado la primera con particular esmero, lo mismo que la ruta que sigue, pero á pesar de esto es muy poco lo que sabemos sobre su género de vida.

Se sabe que viajan en bandadas más ó menos numerosas, que á veces constan de miles de individuos; que sus movimientos son bastante diestros; que persiguen principalmente las sardinias, anchoas y otros peces pequeños, y alguna vez caballas y peces voladores, y acaso coman también conchas; se sabe además con bastante exactitud cómo se reproducen; que son á su vez perseguidos, tanto los grandes como los pequeños, por los tiburones y delfines; y que viven en

buena armonía con el pez espada, por cuya razón se los ve á menudo juntos, pero á esto se reducen todas nuestras noticias.

Está fuera de duda que el atun solo aparece en la costa para la operación del desove, y si bien al principio se encuentran poco desarrolladas las huevas, se ha observado que su crecimiento definitivo es muy rápido. En los atunes cogidos en abril pesan las huevas unas quince onzas, pero en los que caen en las redes en mayo excede ya su peso de seis kilogramos. El número de huevos es á veces muy considerable.

«Jamás he dudado al ver la abundancia y plenitud de sus huevas, dice el abate Cetti al que debemos la primera descripción detallada del atun y de su pesca, que si las inspeccionara la vista penetrante de Leeuwenhoek encontraría en ellas este sabio un número tan inmenso de huevas como el que encontró en el *gadus aeglefinus* (especie de bacalao);» lo que quiere decir que cada hembra lleva cientos de miles de huevas.

A mediados de junio se ven machos y hembras en continuo movimiento, ya dentro del agua, ya saltando fuera, porque entonces se mantienen junto á la superficie y se desprenden de su freza, que según parece, deposita la hembra en las algas, pasando luego el macho á fecundarla. Los pequeños nacen en junio, y pocos días después pesan onza y media; en agosto pesan cuatro y en octubre treinta. Se ignora la marcha de su crecimiento posterior, pero puede suponerse que ha de ser muy rápido. También se ignora el tiempo que necesita para adquirir todo su desarrollo, pero deben ser muy pronto aptos para la reproducción, porque entre los viejos se cogen siempre otros más jóvenes y más pequeños que no se hallarían ni viajarían en compañía de aquellos si no estuviesen impulsados por el mismo instinto de reproducción.

PESCA.—No puede describirse el género de vida del atun sin hacer la descripción de su pesca, porque todo lo que se sabe respecto de la vida de este pez se funda en las observaciones hechas en aquella. Los antiguos practicaban la pesca de atun con mucho celo en ambos extremos del Mediterráneo, en el estrecho de Gibraltar y en los Dardanelos. Aristóteles creía que todos los atunes efectuaban su reproducción en el mar Negro y en las costas de España, y Estrabon dice que seguían las costas del Asia Menor y que se les pescaba sucesivamente cerca de Trebisonda, después en Sinope y finalmente en Constantinopla donde se reunían principalmente en el golfo, el puerto actual. De ahí resulta el hecho positivo de que los atunes acuden cada año al Cuerno de Oro, y que son allí más frecuentes, dice Gyllius, que en las costas francesas, tanto que según él pueden llenarse en un día veinte embarcaciones con ellos, que pueden cogerse con las manos, matarlos á pedradas ó pescarlos con anzuelos desde las ventanas de las casas que dan al agua, é izarlos después á las mismas en canastas grandes. Los fenicios practicaban la pesca del atun principalmente en las costas de España, donde se ha continuado este ramo productivo de industria hasta la época moderna. Había almadrabas célebres y algunos grandes de España sacaban de ellas la mayor parte de sus rentas; pero poco á poco fué disminuyendo la actividad, sobre todo después del terrible terremoto de Lisboa en el año de 1755, que se dijo había cambiado de tal manera la disposición de la costa, que los atunes no podían ya encontrar sitios á propósito para desovar; pero con todo existen todavía en el día almadrabas de atun cerca de Cádiz, Tarifa, Gibraltar, en la orilla opuesta cerca de Ceuta, y además en algunos puntos de Cataluña.

La pesca se hace de diferente manera según las condicio-

nes locales y la estación. En las costas de Francia lo mismo que en Istria se colocan vigías en puntos elevados al acercarse el tiempo de la pesca para que avisen cuando llegan los atunes y en qué dirección. A la primera señal se hacen al agua las lanchas que á este efecto se tienen ya preparadas en gran número y que á las órdenes de un jefe, forman en el mar un vasto semicírculo y echan sus redes de modo que quedan los peces encerrados. En seguida bogan hácia la orilla reduciendo el círculo más y más, empujando los peces siempre por delante. Cuando ya no hay más que algunas brazas de agua y están próximos á la orilla, extienden la última red (la almadraba de tiro), la cual se saca á tierra con los peces que contiene, haciéndose una horrible matanza de ellos en la playa.

En las costas de Italia esta pesca es más grandiosa. Allí se cierra el camino á los atunes con redes descomunales y cuando la pesca es favorable se los coge también á miles. El abate antes citado ha descrito esta pesca de mano maestra y su descripción inmejorable, que es aun hoy aplicable en todos sus detalles á dicha pesca, forma la base de lo que sigue.

Las redes que se emplean más bien pueden llamarse edificios hechos de cuerdas y mallas; son tonairs colosales ó almadrabas que se dividen según su posición en anteriores ó posteriores. Es preciso que el mar tenga una profundidad por lo menos de treinta y tres metros allí donde quiere establecerse uno de estos atrevidos artificios, porque la anchura de la red que ha de formar pared ó redil es de cincuenta metros, puesto que una parte ha de quedar tendida y fija en el fondo para servir de suelo al espacio subdividido en muchos compartimientos. Uno de estos, el más cercano á la orilla, forma suelo completo, siendo también más sólido que los otros; consiste en una red hecha de cuerdas de cáñamo muy sólidas y de mallas más estrechas, porque tiene que resistir al movimiento y los esfuerzos desesperados que hacen los atunes allí reunidos en gran número, así como al peso de estos, porque es la red en que se sacan á tierra. Este compartimiento se llama el de la muerte. De él parten otras dos redes muy largas que forman hácia la alta mar un pasadizo que se va ensanchando en su extremo á modo de embudo y facilita la entrada de los atunes á la verdadera almadraba; teniendo á veces una longitud de una legua marina á fin de recoger hasta los peces que pasan más lejos de la orilla.

Al aproximarse la época de esta pesca se nota un movimiento extraordinario en las playas de la isla de Cerdeña. En los puntos de la costa donde se coge el atun hace mucho tiempo no faltan edificios más ó menos grandes y á propósito para albergar á la muchedumbre que acude, ya sean pescadores, ya compradores ó especuladores, ó ya meros curiosos. Hasta fines de mayo reina allí la soledad y el silencio, pero llega el mes de abril y la playa se transforma en un mercado, en una feria donde se reúne gente de todas las clases de la sociedad; los hijos del país y los forasteros llenan pronto las casas y barracas; en la playa se levantan barracones y chozas y el mar se cubre de embarcaciones grandes y pequeñas. En todas partes se oye el estruendo del trabajo; aquí se dedican á sus faenas los herreros, allí los cuberos; más allá alijan barriles de sal, que los cargadores van rodando y colocando en la playa; otros se ocupan en el acarreo de toneles vacíos y otros efectos; acullá trabaja una muchedumbre en enormes redes que hay que remendar, extender y reunir. El patron ó propietario de la pesquería lo recorre é inspecciona todo, dispone y distribuye los trabajos, cuida de que su gente esté debidamente mantenida, y procura que no le falte tampoco el culto divino, en la persuasión de que su omisión podría comprometer el buen éxito de la pesca. Secundan al patron algunos hombres de su mayor confianza;